

SUSCRIBE.
Cartagena despacho de
Montells.
Cartagena, corresponsale
A. Saavedra.

ELECO DE CARTAGENA.

PRECIOS
Cartagena un mes 2 pes.
trimestre 6 id. 18.
años 7-50. Anuncios y co-
municados á precios con-
vencionales.

AÑO XXI.—NÚM. 6020

5 DE JULIO DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.
Martes 5 de Julio de 1881.

LA TRIBU DE LOS ULED-SIDI-CHEIKH Y LAS RAZZIAS.

—0—
gran tribu de los Uled Sidi-
ch, culpable de todos los hurto
que han tenido lugar en los es-
tes de Saida, no es una tribu
vera propiamente hablando, si
religiosa, algo así como una
nacion de sacerdotes á cabe-

ra una tribu de morabitos (de-
bd-el-Kader al general Dumas
describirle la organizacion dada
á la parte árabe de la Arge-
me correspondia protegerla.»
tiene unos mil quinientos caba-
sirve en el desierto de Sahara
los confines de la provincia de

la obra escrita por el general
Dumas, con el título «Los caballos
Sahara, y las costumbres del De-
» vamos á extraer algunos
afos referentes á las razzias, ó
siones, de las tribus saharien-

Las nómadas del Sahara no es-
directamente sujetos á nuestra
nacion y por esta causa con-
en las costumbres aventureras
dicosas de sus antepasados. El
nense es el prototipo del ár-
africano y mira con desden á los
es que habitan en el Tell.
pesar de la falta de gobierno
tribus del Sahara tienen, además
unidad de creencia, las tradi-
es, los usos y las reglas que cons-
en una sociedad más íntima,
dad que existe en ellas sin leyes
principios escritos—lo cual no
de decir sin leyes ni principios
tados. Al contrario; en un pue-
que lo mismo las fracciones
sus individualidades toman de
medios violentos una sancion
no pueden esperar de un códi-
regular, para asegurar sus dere-
y reparar sus agravios, se ha
nado un código, un conjunto de
nombres tradicionales á las que
que someterse, sopena de que-
fuera de la ley entre los que vi-
fuera de la ley.»

Preciso es decir que este código
ni más ni menos que la regla-
nacion del bandolerismo, pero
para evitar—después de dado
pe—las disputas entre herma-
nigos, ó asociados. Está ade-
sancionado por la religion, á la
invocan los árabes en tales ca-
como nosotros invocamos al
de las batallas.»
Seria fácil explicar y excusar es-
costumbres por su analogia con
época de nuestra historia en

que los excesos de la fuerza no ex-
cluyan algunas prácticas de devo-
cion, de valor y de cortesía.»

«La caballería, en la acepcion
completa de la palabra, con todas
sus aventuras; esa es la vida nor-
mal del árabe del desierto—enti-
diendo por tal el árabe noble, el se-
ñor ó dueño de la tienda.»

«El hecho más frecuente y casi
diario de la vida árabe es la razzia.
En el Sahara, como en todas partes,
setiene en mucho la gloria, pero
allí la gloria consiste en hacer daño
al enemigo y quitarle todos los re-
cursos. El deseo de venganza es
tambien un móvil; pero ¿dónde hay
mejor venganza que enriquecerse
con los despojos del enemigo?»

Esta triple necesidad de gloria, de
venganza y de saqueo no podia en-
contrar para satisfacerse un proce-
dimiento más expeditivo ni más efi-
caz que la razzia [incursion], inva-
sion por la fuerza, ó por la astucia,
del sitio ocupado por el enemigo y
donde éste tiene su familia y su for-
tuna.»

«Hay tres clases de razzias: 1.ª La
téhha ó sea la caída que se hace al
amanecer. En una téhha no se vá á
saquear, si no á matar 2.ª La Khro
tefa que se verifica por la tarde y
tiene por objeto el robo de camellos.
3.ª La terbiga que se reduce á lle-
varse caballos ó yeguas de los adua-
res y se hace á media noche.»

«Resuelta una razzia, los que de-
ben tomar parte en ella se dicen
unos á otros: «Rana akeud» somos
un nudo. Está formada la asociacion
y hecho al pacto.»

«Cuando se ha proyectado una
téhha, el cheikh jefe de la tribu dá
la órden de herrar los caballos, de
preparar los viveres y de hacer pro-
vision de cobada para 5 ó 6 días.

Antes de ponerse en marcha se
mandan dos ó tres parejas de ginetes
á reconocer el campamento de la tri-
bu enemiga, sobre la cual se cae al
amanecer, porque es la hora en que
se encuentra «á la mujer sin faja y
á la yegua sin brida.» Los jefes diri-
gen á su gente una alocucion enér-
gica: «Tened cuidado; que á ninguno de
vosotros se le ocurra desnudar mu-
jeres, llevarse caballos, entrar en las
tiendas, ó echar pié á tierra para sa-
quear hasta que haya matado mu-
cho. No deis cuartel... ¡matad! ¡ma-
tad!... si quereis al mismo tiempo
la venganza y los bienes del ene-
migo.»

«Estas razzias son casi siempre
matanzas espantosas. A las mujeres
se les perdona la vida, pero se las
deja desnudas.»

«Si hay tiempo, los vencedores
se llevan las tiendas, los negros, los
caballos, los rebaños, etc, abando-
nando las mujeres y los niños.»

«De vuelta en el aduar los expedi-
cionarios se reparten los rebaños y

todo el botin hecho sin riesgo de la
vida, dando además al cheikh 30 ó
40 ovejas, ó tres ó cuatro camellas
y una gratificacion especial á los ex-
ploradores.»

«Antes de acometer una empresa
de este género, cada tribu se pone
bajo la proteccion de un morabito
(marabaut) á quien suele dirigirse
en las ocasiones críticas.» (Como si
dijéramos el santo de su devocion.)

«El buen resultado de una razzia
se celebra con grandes festejos, en
cada tiempo se prepara una ouadâu
(fiesta) para honrar á los morabitos,
convidándose á los pobres, á los tol-
bas (tetrados,) á las viudas, á los he-
rradores y á los negros libres.»

«La téhha se hace, por lo general,
con quinientos ó seiscientos caba-
llos.»

Después de describir detallada-
mente las otras dos clases de razzias,
y las diferentes estratagemas que
emplean los árabes del Sahara para
robar caballos, camellos y carneros,
el general Dumas dá detalles muy
curiosos acerca de la caza del aves-
truz, de la gacela, de la pantera y
del leon, de las cacerías con halcon
y de las guerras entre las tribus, y
en un capítulo con el epígrafe de «Ge-
neralidades del desierto,» dice, entre
otras cosas, lo siguiente.

«Una de las cosas que más me
han llamado la atencion es la anolo-
gia de la vida del Desierto con la vi-
da de la edad media, la semejanza
que existe entre el jinete del Sahara
y el caballero de nuestras leyendas
y de nuestras crónicas.»

«El árabe nómada del Sahara, s-
es rico y de familia distinguida, no
trabaja. No hace más que cazar, pa-
sarse á caballo, rezar, etc. Hasta los
pobres desdeñan el trabajo manual,
dejando que lo hagan los esclavos ne-
gros. Solo hay una escepcion, y es
la de los herradores, que forman una
especie de gremio con muchos pri-
vilegios. De lo que más se enorgulle-
ce el hombre del desierto es de su in-
dependencia, porque no tiene sul-
tan, ni nadie que le mande. El jefe
de la tribu administra y hace jus-
ticia.»

«El árabe del Sahara es hospita-
rio y caritativo. De esa hospitalidad
y esas limosnas viven toda su vida
los dervises, especies de frailes men-
dicantes por el estilo de los de nues-
tra edad media.»

ESTESIÓGENOS.

Recientemente han recibido este
nombre los agentes que devuelven
á la piel la sensibilidad perdida.

Conocidos son los estados en que
el tacto externo disminuye ó desapa-
rece. En locos é idiotas se advierte
á veces la más perfecta insensibili-
dad á golpes y heridas. Los márti-
res de todas las religiones sufren los

más crueles suplicios con la mayor
indiferencia. Ciertos dementes pue-
den quemarse sin percibir ni dar la
más mínima señal de dolor. Hay to-
davía frailes que visten silicio y se
administran rózios azotes. En la Sal-
petriere habia hace pocos años una
imbécil que se dedicaba sin cesar á
darse palmetazos sobre las uñas reu-
nidas. En la edad media un devoto
dominico, llamado el «Santo de cue-
ro,» llegó á convertir su cubierta
cutánea en puro callo, á causa de re-
galarla con 40.000 disciplinazos dia-
rios, enderezados á rescatar sus pe-
cados. Esquirol cuenta el caso de un
idiota que se entretuvo en desollarse
la mejilla llegando á perforarla. El
fanatismo de algunos religiosos mu-
sulmanes embota su sensibilidad has-
ta el punto de que en ciertas cere-
monias sagradas comen higos chum-
bos sin sentir las espinas; lamen
otros hierros al calor rojo; se dejan
algunos sajar la piel, y los más misti-
cos permitense les apalee hasta per-
der el sentido, creyendo aplacar así
la cólera divina.

Al lado de los locos podemos co-
locar en la fila de insensatos á los
ébrios. El alcohol y el cloroformo
producen la anestesia. Los horra-
chos crónicos caen de bruces sobre
el empedrado como si fuese una ca-
ma de pluma; en el estupor alcohó-
lico se les puede pinchar ó atravesar
un brazo en plena insensibilidad.

Las sales de plomo, las aplopejías
la epilepsia y el histerismo produ-
cen efectos parecidos. Las brujas,
tenidas hoy por histéricas, se deja-
ban quemar en la hoguera inquisi-
torial ántes que negar sus relaciones
con Satanás. Actualmente pode-
mos atravesarles con una aguja un
brazo, sin que exhelen un quejido
Este era el medio empleado para
conocer su echiceria. Regularmente
la insensibilidad suele ser ó en un
solo lado del cuerpo, ó en la mitad
inferior. Rara vez es total. En las
histéricas se observan las más ex-
trañas desviaciones de la sensibili-
dad; oyen algunas á grandes distan-
cias, ven como por doble vista en la
oscuridad y á través de lo opaco,
perciben algunas, como por vision
interna, sus entrañas; y en cambio
su piel inanimada permite todo gé-
nero de martirios.

Locos, mártires, idiotas, fanáti-
cos, ébrios, epilépticos é histéricas su-
fren todos ellos esa derivacion de la
sensibilidad, amortiguada en un pun-
to, exagerado en otro. Tambien pue-
den militar, en estas filas, los asesi-
nos crónicos, cuya insensibilidad
moral es harto conocida aun por el
vulgo mismo, cuando les clasifica
entre los seres sin entrañas.

Para corregir estos estados anor-
males, sirven quizás más que nin-
gun otro medio los agentes estesió-
genos. Burq, y antes que él los char-